

Discurso de Graduación

Maestría en Bioética

MSc: Julio Hernández Cobas

Buenos días. Agradecer la presencia y compañía de distinguidos invitados, colegas, familiares, amigos todos.

El estudio del hombre ha sido una constante desde la génesis de la humanidad. Desde la filosofía antigua hasta nuestros días varios han sido los investigadores de las diversas ramas del saber que han procurado acercarse a su esencia y dimensión.

Discurrir sobre el bien y el mal es parte intrínseca del desarrollo humano. Una observación somera por la filosofía clásica ofrece una visión en conjunto en lo que respecta a las consideraciones en materia moral y ética. En Sócrates se contempla la unicidad y coherencia entre filosofía y vida. La preocupación constante por la justicia y búsqueda de la verdad a través del diálogo y la interrogación constante. Su método mayéutico procuró descubrir desde la interioridad del ser, la verdad y el conocimiento. Por su parte, Aristóteles escribió cuatro tratados de temas morales (Ética a Eudemo, Ética a Nicómaco, Magna Moralia, Sobre las virtudes y los vicios) El aporte de la ética Aristotélica se exhibe en que no se presenta como una ética intelectualista. Su énfasis se encuentra en la convivencia plena, saber qué es lo bueno y mejor para el hombre. La auténtica felicidad se halla en la vida virtuosa.

El inicio y desarrollo de la tradición judeo-cristiana brindó al hombre la libertad de acceder al diálogo con su prójimo y con Dios. La incorporación de la visión de hermandad, asumida a partir de la filiación propia de la idea de un Dios Padre, hace posible el remitir de algunos filósofos a la concepción cristiana del valor de la singularidad y de la capacidad de donación hacia el otro, legitimando así al sujeto como persona única e irrepetible. Una vivencia que trasciende tiempo y espacio, una experiencia que se personifica en la relación personal entre el hombre y Dios.

Esta herencia filosófica se constituyó como basamento antropológico en el inicio y desarrollo de la Bioética, en especial el modelo personalista.

Luego de este preámbulo es pertinente considerar el periodo de estudio de la Maestría en Bioética y lo que significó en la vida de sus maestrantes. Los años cursados significaron una de las experiencias de mayor impacto en el orden profesional. Desde el inicio los retos fueron diversos, adentrarse en materias como la antropología, la filosofía y la ética imprimió un carácter singular en la formación profesional y exigió del esfuerzo personal.

La maestría demandó largas horas de lectura e investigación acerca de las principales corrientes de pensamientos que se desprenden de los modelos de bioética con la finalidad de contrastar su impacto al interior de la sociedad. El camino estuvo orientado hacia el valor de la persona y su alteridad para con el otro, el reconocimiento de su singularidad y autonomía, sin obviar su dimensión social y espiritual.

El estudio de la bioética, especialmente el modelo personalista, significó no sólo el mero asombro, sino que invitó a una mirada profunda y consciente de la fragilidad de las relaciones interpersonales y la necesidad de promover y convivir bajo criterios de justicia y responsabilidad.

Uno de los mayores retos que enfrentó el Instituto y con ello el desarrollo de la maestría fue la pandemia de Covid 19. Este acontecimiento demandó la necesidad de redefinir la metodología y la estructura de estudio. La comunicación oportuna de los profesores, así como el compromiso personal frente a las tareas, pruebas y temas de investigación fue el factor clave para llevar a término final la meta iniciada.

El transcurso estuvo marcado por la excelencia, constancia y eficiencia de los profesores del Instituto de Bioética Juan Pablo II, sin dudas, les asiste la devoción y la pedagogía socrática. Hombres y mujeres volcados por completo en la necesidad de forjar profesionales con un alto grado de compromiso ante las disímiles dinámicas que suscitan diariamente.

En este orden, no podemos pasar por alto la asistencia y el apoyo incondicional de la Universidad Católica de Valencia “San Vicente Martir” soporte y columna para el desarrollo estable y continuo del Instituto. Su colaboración sistemática y transversal es punto clave de los logros alcanzados. Sus profesores estuvieron en sintonía con el desarrollo de la maestría y a la altura académica que requieren los tiempos actuales. El compromiso con la formación e instrucción estuvo latente en sus clases y conferencias. A la Universidad Católica de Valencia, nuestra sincera gratitud.

El paso por la maestría no sólo marcó un referente en el plano profesional sino también significó la toma de conciencia ante los desafíos de la sociedad contemporánea. Permitió interiorizar la importancia de asumir a la persona desde el valor de su totalidad, de tal forma que el *suppositum* humano goce de la estima y el respeto que le es inherente a su naturaleza.

Los referentes desprendidos de las diversas materias estuvieron encauzados en el valor de la persona en cuanto ser en relación, su dignidad ontológica, así como la defensa de la vida desde la concepción hasta la muerte natural y el respeto a la singularidad e individualidad del sujeto. Ser persona implica conocerse y tender hacia el otro. Potenciar el valor de la reciprocidad entraña la disposición de conciencia moral del ser personal.

Otro de los aspectos medulares fue el análisis coherente sobre la libertad como principio inherente de la naturaleza humana y como medio de acción e impacto individual y colectivo. Su comprensión significó reconocer que la libertad y responsabilidad debe estar mediada por la verdad. Ser libre no implica el ejercicio absoluto del libre arbitrio sobre la voluntad de otros. El propósito está encaminado en la transformación en conjunto de la persona a través de la voluntad y la acción social mediado por el deber, no por una postura hedonista.

La maestría marcó la importancia de valorar la esencia del sujeto predicado en la persona, superando los extremos del colectivismo y el individualismo. En nombre de lo colectivo no se puede avasallar o limitar la individualidad en función a la estructura de poder. Implica la necesidad de convivir bajo criterios de piedad, justicia y responsabilidad.

Los temas abordados incidieron directamente en nuestras vidas. Los diversos principios que se desprenden de la bioética, sobre todo, la personalista, proveyó de las herramientas necesarias para redefinir conceptos e ideologías que restan a la dignidad humana. En esencia, asumir los criterios o normas centradas en la persona contribuyó en fortalecer la piedad y compasión por los más vulnerables. Nos habilitó e instruyó en sensibilidad por el bebé por nacer, el anciano que sufre, el enfermo terminal, por los considerados descartados y por aquellos que sufren injustamente el yugo de una ideología de naturaleza cerrada, asumiendo la máxima Vareliana presente en las Cartas a Elpidio “*Diles que ellos son la dulce esperanza de la patria, y que no hay patria sin virtud ni virtud con impiedad*”.¹

¹ Félix Varela – Cartas a Elpidio sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo en sus relaciones con la sociedad. Obras, Volumen III, pág.102.

Asistimos a un panorama ambiguo y de confusión a razón del proceso de deconstrucción y la pérdida de sentido. El sujeto postmoderno se diluye en relaciones mediadas por la temporalidad, la red y la fluidez de lo cotidiano. La sociedad contemporánea manifiesta una debilidad de voluntad por lo que el hombre tiende a un estado de vacío y de individualismo exacerbado.

Como profesionales de la Bioética creemos y promovemos que vivir humanamente es compartir la vida ciudadana, el hombre se realiza en comunidad. El considerar al hombre como animal político nos lleva a reflexionar sobre su esencia. Es propio del hombre el organizarse y compartir espacios públicos demostrando así la interacción con el medio que nos circunda.

Asumimos el principio kantiano “*obra de tal suerte que trates siempre a la humanidad, sea en tu persona o en la de otro, como un fin, y que no te sirvas de ella como un medio.*”²

Consideramos oportuno apelar a aspectos que dignifiquen y engrandezcan la esencia humana, su dignidad ontológica, así como la promoción de valores universales frente a una agenda global que pretende banalizar la existencia y ponderar lo superfluo. Optamos por el respeto a la singularidad del sujeto sin imponer una estructura de poder por encima de la persona. Así como creemos necesario valorar al prójimo y exaltar la importancia de la reciprocidad y la fraternidad.

Rodrigo Guerra en su artículo “*Por una bioética sin adjetivos. La bioética en el contexto de la crisis moderno-ilustrada*” comparte que la bioética debe reconocer al ser humano como sujeto comunal. Si la bioética se entiende como ciencia de carácter práctico normativo, no requerirá de adjetivos diferenciadores, ni compromiso de escuela sino como verdad para con el hombre.

² Kant I. Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres. In. Barcelona: Ariel Filosofía; 1999. p. 67.

Desde la bioética que se forja y promueve en las cátedras del Instituto de Bioética Juan Pablo II arropamos a la persona en toda la dimensión y plenitud de sus facultades, a partir de una postura epistémica metodológica que no sólo reconozca la potencialidad del sujeto en sí mismo, sino que incluya además la inserción de todas sus funcionalidades. La proyección se orienta en lograr una relación de diálogo ante una diversidad de oportunidades. Se trata de fomentar por todas las vías posibles la voluntad del conocer.

Ponderar a la persona no indica perder u olvidar su naturaleza sino ir más allá. Entender el aspecto irrepetible de la esencia humana, manifiesta la dimensión ética y moral como la posibilidad real de remitir a la conciencia y con esto la posibilidad de vivir una verdad coherente en relación con el prójimo.

Asumir a la persona siempre como fin brinda las herramientas necesarias para irradiar la ética. Pero, sobre todo, implica apostar por el amor como norma de la conducta ética.

“Solo cuando el individuo perciba al otro en toda su alteridad tal como se concibe a sí mismo, entonces habrá logrado apartar su soledad en encuentro transformador.”³

³ *Martin Buber*